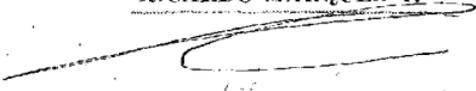




emérito escritor y noble amigo, Don Celisano  
winge, en prueba de afectuosos cariños

RICAARDO MARQUEZ T.



Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Quito.—Individuo Correspondiente del Centro de Investigaciones de Guayaquil.—Miembro de la Sociedad Bolivariana del Ecuador y de Número del Centro de Estudios de Historia y Geografía de Cuenca.

# ISOL DE SANGRE!

1830—1930

Cuenca, Setiembre de 1931.

---

Tip. de la Universidad



## CONFERENCIA

pronunciada por el Sr. Dr. Dn. Ricardo Márquez T., en el Salón Máximo de la Universidad del Azuay, en el Centenario de la muerte del Mariscal Sucre, a nombre del "Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca."

### I

Señores:

En este solemne día, que la Patria conmemora el trágico Centenario de la muerte del ínclito Abel Americano, obra de la demagogia y del imperante militarismo de aquella aciaga época, que en hijuela de partición, descuartizaron a Colombia la Grande, la soberana Nación creada por el genio de Bolívar y la espada del immaculado Sucre. En este día, de memoraciones históricas, séanos permitido hablar del calvario del Mariscal de Ayacucho, y unir la voz de nuestro dolor a los fúnebres crespones de la Patria adoptiva de Sucre —el Ecuador.

### II

El fulgente sol, que con lumbre de oro alumbraba, al inmenso Trono de Fernando VII, ocaso no conocía: era menester, que a imitación del bíblico Josué, surgiese en los dominios de América del Sur, un Varón prodigioso, para que en la órbita sideral de Castilla le detuviese.

Aquel genio inmortal, señores, fue Simón Bolívar, acompañado de una ilustre pléyade de guerreros, entre otros, del benemérito Mariscal Antonio José de Sucre, los que al ra-

diante sol de Iberia, le cincelaron acaso, al homérico estallido de cañones y metrallas.

Las hermosas colonias de América, atadas yacían con férreas cadenas a la crispada melena del León de Castilla, sin esperanza de verse ataviadas, con las sublimes preseas del glorioso tricolor de la Patria. Cuando allá, un soñador, Bolívar, de pie en la cima del Monte Sacro, medita en el porvenir de América, se emociona, y una llama celestial arde en su mirada, la que airosa tiende a la distante heredad de sus mayores, la contempla en lontananza, y de hinojos prorrumpe en estas apolíneas palabras: "Juro por el Dios de mis padres, por mi honor, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen, por voluntad del poder español."

Del Monte Aventino se cierne, como águila caudal, al cielo de Caracas. Llega; y es rugiente catarata, que a su ímpetu arrastra, los diques y vallas, que el poderío de España vigorosa le opone. Rinde formidables y sangrientas batallas, que César y Aníbal se habrían gloriado de lidiar en los escabrosos Andes Americanos, con las huestes de Castilla, que su valor afrontaron victoriosos, sobre los invencibles soldados de Napoleón.

Lidia largos años, unas veces vencido y las más, vencedor. Las dianas de la victoria, el clarín de la guerra, pregonan en el espacio, que el hercúleo Cetro de Fernando VII, se huende en piélagos de sangre, en los dominios de América, con los lauros de las legendarias batallas de Boyacá y Carabobo, emblema de la libertad, de Nueva Granada y Venezuela, con las que fundó Bolívar la soberana Nación denominada Colombia la Grande; más, señores, le restaba al Libertador, engarzar con lazos de oro, de amor fraternal, a su nueva República, la patriota zona Ecuatorial, la gestora del primer y glorioso grito de Emancipación en los dominios de Sud América.

Con la visión de vidente, Bolívar, designa a un ilustre guerrero, que apenas frisa en los veintisiete años de edad, a que acabe con la dinastía de España, en el reinado de los Shyris. El nombre de aquel hijo de Marte, responde al del General Antonio José de Sucre, a quien Bolívar, le vaticinó en 1816, "Que algún día lo rivalizaría". Sucre, el soldado filósofo, que encarnó en América la más alta representación de la Magistratura Republicana, y del valor militar aliado con la virtud, se asienta en Guayaquil, marcha a Cuenca y avanza a la soberbia cima del Gigantesco Pichincha, con su aguerrido Ejército. Luego se avista con la bizarría de las fuerzas

realistas; y traba sangrienta batalla, en donde el Héroe Niño Abdón Calderón, se immortaliza por la fulgente espada de Sucre, el triunfador de Aymerich, en la dantesca jornada de Pichincha.

Con esta victoria, Bolívar y Sucre, los semidióses de la Libertad en la Epopeya de la Magna guerra, forman con sabias leyes, resguardadas con bizarras bayonetas, la excelsa República de Colombia la Grande. Sucre, con los laureles de la fama se hospeda en Quito, y el pueblo soberano le declara el árbitro del Ecuador. Los días pasan y en el corazón del invicto vencedor, parpadean los idilios de amor, de los ojos grandes y negros de la gentil Marquesa de Solanda; entonces, Sucre, por Marte y Apolo, declárase ser Ecuatoriano...

Comenzaba a gozar los beneficios de la Libertad, Colombia la Grande, cuando los desventurados hijos del Sol, solicitan de Bolívar el auxilio de su espada, para la emancipación del Perú, porque Sanmartín les abandonó, sin poder darles la soñada libertad..... El Libertador, a tan justo clamor, envía al perinculito Sucre, y tras él avanza con el resto de invencibles soldados, se apresta a la lidia, con las fabulosas fuerzas realistas, y combate en las pampas de Junín batalla de los Partos, donde no sonó un tiro, que todo fué bote de lanza, galopes de corceles y gritos de muerte...

Triunfan en esta inmortal jornada, preludio de la libertad del Perú; y entrega su victorioso ejército, al egregio General Sucre a que dé cima a sus grandes ideales. Este acepta; y como águila en amplio vuelo, recorre los campos de Ayacucho, y da comienzo a tan infernal batalla. "La espada de Sucre, se movía como la de un arcángel bíblico y vengador. Cuando la detuvo, a las dos horas de combate, las quiebras se habían transformado con los muertos, en llanuras, y las llanuras se habían cambiado en asperezas." Ayacucho, es el brillante término de la gran Epopeya Americana, de quince años; Sucre es el héroe inmortal de esa jornada, de la cual nació Bolivia. La gloria de Sucre, trascenderá de generación en generación y de siglo en siglo; jamás podrá olvidarse al filósofo batallador, ni desconocer sus eminentes servicios a la causa de la libertad.—"Las aclamaciones de la victoria, fastidian el corazón modesto de Sucre, y en silencio avanza a la cumbre del Potosí, postrer morada del realismo. Nó como el Vencedor de las Galias, al Capitolio, en carroza de marfil, arrastrado por esclavos; sino confundido entre sus soldados, llevando el tricolor de la Patria, las tablas de la ley, para crear una nueva República, con el significativo nombre de Bolivia." Sí, con la creación de Boli-

via, monumental obra del genio de Sucre, quedó concluída la Emancipación de Sud América.

En recompensa a los méritos de Sucre, Bolívar escribió su biografía, la que le inmortalizó más que todos los triunfos y laureles que obtuvo el gran Mariscal; pues, jamás guerrero alguno fue biografiado en vida, por hombre más eminente ni por pluma más brillante y justiciera. He aquí algunos conceptos escritos por el año de 1825: "La batalla de Ayacucho, es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina; Ayacucho, semejante a Waterlóo que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. El General Sucre, es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el Imperio de los Incas. La posteridad, representará a Sucre, con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada". ¿Y cuándo Bolívar le conoció a Sucre? En recuerdo a ambos ilustres guerreros, relatemos tan interesante episodio, que enaltece grandemente la innata modestia de Sucre.

Bolívar hasta el año de 1819, a Sucre le había tratado poco y le conocía menos. Cuando Zea, en aquel año, sin tener facultad para ello, le ascendió a General de Brigada, el Libertador se disgustó mucho; y aconteció bajando el Orinoco, después de la batalla de Boyacá, encontró una flechera que remontaba el río. Al ponerse al habla las dos embarcaciones preguntó Bolívar: "¿Quién va en esa flechera?"—"El General Sucre", le contestaron—"No hay tal General", replicó en tono enojado, y ordenó que atracaran a tierra ambas flecheras. Entonces Sucre, le explicó que aunque había sido nombrado General, porque talvez sus servicios lo merecían, nunca pensó aceptar el grado, sin el beneplácito del General Bolívar. Comprendió éste al punto el reproche, presentó sus excusas y desde entonces, fueron amigos los dos hombres que más contribuyeron a dar libertad a Sur América. A los dos años de esta entrevista,—1821—, el Libertador, juzgábale así a Sucre: "Es uno de los mejores oficiales del Ejército, reúne las condiciones profesionales de Soublete, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salón; por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día rivalizará conmigo". En verdad, señores, que este glorioso vaticinio, llegó a realizarse; que Bolívar y Sucre, en los fastos

luminosos de la libertad de América, fueron dos líneas paralelas que iban juntas, sin tocarse jamás: El uno Militar de geniales dictaduras; y el otro, Soldado, que alió el valor a la filosofía de las leyes.

Por lo expuesto, señores, Bolívar y Sucre, se erguían en el grandioso pedestal de la inmortalidad; Colombia la Grande, les debía su fundación, el Perú, la libertad y Bolivia su creación. El primero, razón tuvo en decirse él mismo: "Mi gloria ha llegado a tanto, que no puedo ya ser desgraciado. No soy Napoleón, ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César, tales ejemplos parecen indignos de mi gloria: El título de Libertador, es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano"; y el segundo, modesto como ninguno de los caudillos de la Magna Guerra, para él la gloria estaba en amarla a su esposa, y lleno de efusión al respecto decía: "Mi esposa me da de comer; yo en cambio, la entrego mis palmas y laureles", y en venerar el sacro nombre de Bolívar, sino fijáos, en estas frases de cartas dirigidas por él al Libertador: "Yo nada valgo, todo lo debo a Ud. . . . Con sus lecciones he triunfado en Pichincha y Ayacucho" . . . "Mis glorias son de Ud. y no mías, si es Ud. mi padre" . . . .

¡Destinos de la Providencia! Su noviasgo en Quito, y el cariño sin reveses a Bolívar, abreviaron su muerte en el horripilante Berruecos. . . "Su corazón blanco como la espuma, se irisaba de colores y repelia la negra mancha del celo y de la envidia, que los mejores Generales de Bolívar le traicionaban. Señores, el pie del Libertador, en soberbia estatua, debe posarse, no tanto en la cabeza del León de Iberia, cuanto en la cerviz de la Hidra Americana. Sucre, sólo Sucre, aparece en la historia, como el ángel que acaricia y ciñe de laureles la frente del Libertador; frente retostada, señores, más que por el sol de la campaña, por el fuego infernal de la calumnia. Y si no envidió a Bolívar, ¿a quién pudo envidiar el Mariscal Sucre?"

Demos principio al calvario político de Sucre. Entremos al escenario de su dolor; y palpemos la ingratitud de los hombres, para con tan inmaculado caudillo. Es el año de 1826, Bolívar abandona el Alto y Bajo Perú, dejando en ambas Repúblicas la correspondiente Carta Constitucional; y marcha para Colombia la Grande, a calmar los disturbios personales y políticos de los dirigentes públicos, que ambicionan el mando supremo. Llega y endereza las opiniones anárquicas de los

exaltados partidos políticos; pero esta bonanza es aparente, sus enemigos fingien ocultar el puñal de la traición, y guardan ficción equidad, fugaz concordia y veleidoso respeto a las leyes.

Rápido se desliza el vertiginoso carro del tiempo; entonces los maquiavélicos enemigos de Bolívar en Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia, se concentran en estrecha alianza de intereses para dar muerte a la Patria, haciendo una partición con hijuelas para caudillos militares, que sucediesen a Bolívar y supeditasen a Sucre, su inevitable lugarteniente. Enumeremos a los monstruosos caudillos de lesa crimen de ingratitud para con el Libertador de Cinco Naciones: En Bolivia y el Perú, Gamarra, Santa Cruz, Lamar y otros; en Venezuela, Páez, Mariño, Vermeúdez y más; en Colombia, Santander, Córdoba, Obando, López y otros secuaces... hasta terminar con la nefasta confabulación del 28 de Setiembre, fecha la más negra de la historia americana, en la que una turba de fanáticos y libertarios trató de asesinarlo a los gritos de: ¡Muera el tirano! A tan horrible crimen, Bolívar falleció moralmente, por más que los pueblos en masa pidieron su dictadura y el patíbulo para los criminales. Señores, Bolívar, de este crimen así se expresó: "Mi corazón está despedazado y el prestigio de mi nombre roto. ¡Los Patriotas han podido atentar contra mí! ¡Oh, esta idea me llena de horror! Yo estoy moralmente asesinado, decía señalando el corazón, aquí me han entrado los puñales. ¿Ese era el premio de mis servicios a Colombia y a la Independencia de América? ¿Qué ofensa he hecho yo a la Libertad, a esos hombres?" En verdad señores, que Bolívar, después de este trascendental crimen, "no representaba ya el poder sino solamente la gloria: se lo había prematuramente entregado al panteón de la inmortalidad, última Patria de los grandes que están por demás"....

Señores, la memoria volvamos al ínclito Sucre, que sólo quedó lejos de Bolívar, por mandato de éste: humildad de su corazón, ejerciendo la Presidencia de la República de Bolivia, y sintiendo a la distancia los tiros de la maledicencia contra su Jefe. Mas, también la tempestad se había desatado contra él; porque los demagogos, en concilios secretos, dictaminaron deshacerse del Mariscal de Ayacucho, por ser el baluarte de Bolívar, el campeón de la Libertad, el soldado de las leyes. El talento superior de Sucre, con la visión de profeta, comprende que la distribución de Colombia la Grande será un hecho para el año de 1830, y que Bolívar debía guardar sus energías y desplegar sus grandes conocimientos estadísticos y militares, para aquella aciaga época. Este particular,

confirmemos con cartas de Sucre, escritas a Bolívar en 1826. Hélas aquí: "Si Ud. pasa como Presidente en estos cuatro años, no podrá ser reelegido para 1830, que es el período terrible para la revisión de la Constitución. Meditando mucho sobre esta circunstancia, no he hallado otro remedio, sino que rechazando Ud. admitir la Presidencia en este turno, quede expedito para ser elegido del año 30 hasta el 34, y ser reelegido hasta el 39....Veo formarse en Colombia—una tempestad para el año 30 y, sin talvez, su disolución....No me parece que son demasiados temores los míos sobre Colombia, si no se toma el partido de que Ud. se halle hábil para gobernar la República, en el período más terrible que vamos a tener.... Después de meditar mucho sobre mi persona, suplico me permita ir a Europa, a viajar e instruirme por dos o tres años, en que estudiaré mucho y volveré para el año 30 a trabajar mucho, mucho, por nuestro país al lado de Ud".....

La terrible odiosidad de la canallesca demagogia fomentada contra el Libertador, se extendía contra Sucre; algo así, como lenguas de fuego, de voraz incendio en el corazón del bosque. Sucre debía ser la primera víctima de las libertades ciudadanas; que era preciso, que a la legendaria sombra del árbol de la Libertad—Bolívar—sucumbiese el mejor fruto—Sucre—al criminal golpe del hacha fratricida, para así acometer al árbol, ya herido por el puñal de Santander....y sepultarlo en la soledad de Santa Marta....

Se confabula el crimen contra Sucre: ¡ingratitude de los hombres! acuérdenlo en el mismo corazón de Bolivia, República fundada por él. Se amotinan, lanzan oprobios, truecan fusiles, y luego un tiro, le despedaza el glorioso brazo que blandió la espada del triunfo en las batallas de Pichincha y Ayacucho. Herido, se retira a una casa particular, para encaminarse a Quito, su Patria adoptiva, donde le aguarda su virgen esposa, la que, palabras de Sucre a su amada: "casi te desposaste con un muerto", porque ella, señores, se casó por poder en Quito, dos días después del atentado contra él. Instala el Congreso Boliviano, lee su Mensaje, y de sus enemigos se despide con estas palabras: "Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la Guerra de la Independencia pude salir sano".

Emprende el viaje, descansa en Guayaquil y avanza a Quito, a sentir las caricias del hogar, los idilios del amor, brindados por su angelical esposa; promete a su adorada compañera, vivir solo con ella, disfrutando de la paz del campo, alejado de la política. Así lo estaba cumpliendo, cuando Bo-

lívar solicita su valor, inteligencia y prestigio, para que dirija la Campaña de Treinta Días, en defensa de la integridad nacional, que el Perú trataba de usurpar a sus libertadores. Acepta, porque no sólo se jugaba la suerte de las Provincias australes, sino la de la Gran Colombia. "Vencida ésta en Tarquí, habría entonces mismo desaparecido, quizás con menos ignominia que después, cuando el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho y la proscripción y muerte del Libertador. Sí, Colombia hizo la última jornada guerrera, en espléndido caso de gloria. Debía vivir unos meses más, para cerrar el curso de su sol, en una carrera épica y luminosa. Pareció entonces, que con este triunfo, Colombia surgiría de la crisis, como enfermo, al que se le hubiese aprovechado la sangría de la guerra. Todo fué estéril, la paz se escribió con guante blanco, en la deslustrada arena de las pasiones políticas y personales". (Crespo Toral).

Triunfa en Tarquí, vuelve a Quito, a las delicias del hogar, a sentir ya el entrañable gozo de ser padre... Tiene el propósito firme de no tornar más a la vida pública, porque él bien comprende, que la victoria de Tarquí, sólo le ha multiplicado enemigos, es decir, todos los de Bolívar. Los laureles de este nuevo triunfo, los entrega al Libertador en Quito, simbolizados en las banderas del Perú, adquiridas en el triunfo de Tarquí; en este acto solemne, los dos semidioses de América, se abrazan y de lágrimas se bañan los ojos. ¡Ambos corazones estaban desgarrados por tantas ingratitudes! ¡Los servicios que habían prestado a América se retribuían con negras difamaciones y crímenes! He aquí, algunas frases del elocuente discurso de Sucre, donde prueba el entrañable cariño que profesaba a Bolívar:

"Una borrasca política amenazaba hundir los Departamentos del Sur, bajo un torrente de desgracias, cuando... resonó en Tarquí el grito de victoria dado por Bolívar: al ruido de este nombre querido, sus amigos armados respondieron— victoria o muerte—, y la muerte y el espanto, corriendo las filas enemigas, arrojaron los peligros exteriores, entre la confusión y la vergüenza a las riberas del Rimac. Y, 1.500 de nuestros guerreros, llevando en su corazón a Bolívar, el Genio de Colombia, tuvieron luego a sus pies, toda la organización militar del Perú y castigaron a los ingratos... Satisfecha la venganza nacional, las sombras de Bolívar, aparecieron entre la sangre y los horrores, para inspirar a nuestros bravos su generosidad... y esta V. E. por sus mandamientos a sus representantes en el Sur, mostrose en el triunfo, siempre grande....

Esta noble venganza es digna de V. E., y cuando las armas colombianas no podían buscar gloriosos trofeos en esa guerra, es la más noble venganza del Ejército del Sur, honrar los despojos de la campaña de Treinta Días, trayéndolos a los pies del Angel de la Victoria",... de Bolívar el inmortal, las banderas del Perú, quitadas en menguada guerra, por sus bizarros libertadores....

#### IV

Tranquilo descaesaba en el seno de su hogar, recreándose en las labores agrícolas, como un verdadero Cincinato; cuando otra vez, Bolívar le habla del peligro en que está la Patria y de la candente atmósfera política que les rodea, y que los hombres probos como él, debían tornar a la palestra, a salvar el naufragio de Colombia la Grande, cuya libertad ha costado millones de dinero y formidables cataratas de sangre, rendidas por 700.080 vidas, distribuidas así: Venezuela, 300.080; Colombia, 280,000 y Ecuador 120,000. El patriota corazón de Sucre, accede a lo solicitado, y avanza a Bogotá, como diputado del Sur, para la instalación del Congreso Admirable, decretado por Bolívar para el 2 de Enero de 1830. "Llega a la Gran Convención, la que fué una Junta Funeraria, donde a Bolívar se le condenó a muerte política y civil, para que se fraccione Colombia en pedazos, cuyas aristas se rompiesen al chocar. Pero... podía estorbar Sucre, por lo tanto, el imperio de su nombre, no debía ser perdonado por los malvados que decretaron, con su eliminación, la muerte de Colombia, para satisfacer voracidades de mando y granjerías de vileza"... (Crespo Toral).

El Congreso no se instaló el 2 de Enero, por falta de quorum, apenas estaban presentes a esta fecha 34 diputados, siendo el número total de electos 67, por consiguiente, se necesitaban de 45, a que formen las dos terceras partes. La comisión preparatoria exigió la pronta concurrencia de los demás representantes, como también, que el Libertador acelere su viaje a la Capital. En efecto, Bolívar llegó el 15, y el día 20 con la asistencia de 47 legisladores, declaró instalado el Congreso, resultando electo Presidente, el Mariscal Sucre y Vicepresidente, el Hmo. Sr. Esteves. Luego Bolívar se retiró entregando su Mensaje, en el cual solicitaba que diesen otro Jefe a la República, y que se conservase la unidad de Colombia; y terminó con este elocuente apóstrofe: "Compatriotas: escuchad mi última voz, al terminar mi carrera política;

a nombre de Colombia, os pido, os ruego que permanecáis unidos, para que no seáis los asesinos de la Patria y vuestros propios verdugos". . . .

Apenas el Congreso daba comienzo a discutir la Constitución que debía regir a Colombia, no tardaron las provincias venezolanas, asesoradas por Páez el León de Apure y otros, en presentar indignas peticiones contra Bolívar, acusándole que trataba de orlar sus sienes de Libertador, con la corona de la Monarquía; y que por tanto, Venezuela se declaraba en Estado independiente, sin reconocer la autoridad del Congreso. Iguales propósitos perseguían también los exaltados de Colombia, los santanderistas, y los ambiciosos de Obando y López, encargados ya del puñal de Bruto. En tan críticas circunstancias, el Congreso determina enviar una comisión de paz a Venezuela, presidida por Sucre y Esteves. Estos se encaminan, llevando en su mentalidad, la idea de sostener la unidad de la Gran Colombia. Sorpresa inaudita, en Táriba, territorio venezolano, el Gobernador Piñango, esbirro del General Páez, no permite que COMISIONADO ALGUNO, se introduzca en Venezuela, fuere cual fuese su representación y categoría. Sucre, protesta contra aquel delito, calificándole de injusto, porque cerraba la puerta a una comisión de paz, como era la suya, medida que podía ser la causa de torrentes de sangre entre hermanos; y acto continuo le escribe a Bolívar: "Entiendo que una de las razones por qué no quiere Páez que vayamos, es porque yo soy uno de los comisionados. Dicen que yo le haré mal, y aún tiene la simpleza de temer que me darán votos. Me reputan enemigo, porque soy partidario de la Unidad Colombiana, y muy amigo de Ud."

El valor y diplomacia de Sucre, consiguió llevar a cabo la entrevista con los comisionados de Venezuela; éstos, acremente manifestaron que la Gran Colombia debía fraccionarse en tres Estados, y que después se verán los vínculos que deben ligarlos. Proposición fué ésta, por la que Sucre, al instante comprendió que los enemigos del orden constitucional, habían decretado ya la muerte de Colombia, pero que el Congreso debía sostener su unidad. En esta virtud, Sucre, dió la siguiente contestación, la que le acarreó odios y una legión de enemigos, tanto en Colombia, como en Venezuela, y fué: "De que, para asegurar la libertad de los pueblos oprimidos por los militares, se acordase que los cuatro años siguientes no pudieran ser Presidentes de Colombia, ni de los tres Estados, en caso de adoptarse la federación, ninguno de los Generales en Jefe, ni de t

los otros generales que hayan obtenido los altos empleos de la República, desde 1820 al 30." Esta proposición, que hace honor al desprendimiento de Sucre, el cual se excluía él mismo, de obtener los primeros puestos a que estaba llamado por sus servicios y méritos, agradó a los demás comisionados; pero en cambio, el General Mariño protestó fuertemente, y ambos se trataron con palabras enérgicas.

Regresó Sucre de cumplir su misión, y participó que nada había conseguido en pro de la unidad colombiana, por lo tanto, Bolívar y los legisladores se alarmaron, y hasta se acordó defender la integridad nacional, por el poder de las armas; mas, los dirigentes de la política venezolana, determinaron que para todo arreglo con el Congreso Admirable, era preciso que a Bolívar se le expulsara de las tierras libertadas por él, y decretaron su ostracismo, e hijos de Colombia, aprobaron también tal petición, a tal extremo, que universitarios de Bogotá, resguardados por el criminal Obando, Jefe de las Milicias, innobles, apuñalaron el retrato del Libertador, pendiente en las paredes de la Corte Superior de Bogotá, . . . Sí, en las Juntas secretas, los secundarios, los ruines, la canalla que usufructúa de la victoria, había decretado la proscripción del Padre de la Patria y el crimen de Berruecos. En tan amargos momentos para Bolívar, sólo halló la voz sincera de los ecuatorianos, en contraste con la de venezolanos y colombianos, que pedían su muerte o el ostracismo; mientras que el Ecuador le decía en documento oficial: "Los padres de familia del Ecuador, han visto con asombro, que exaltados de Venezuela, se han avanzado a pedir que V. E. no pueda volver al país donde vió la luz primera; y es por esta razón, que nos dirigimos a V. E., suplicándole se sirva elegir para su residencia, esta tierra que adora a V. E. y admira sus virtudes. Venga V. E. a vivir en nuestros corazones y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se debe al Genio de la América, al Libertador de un mundo. Venga V. E. a enjugar las lágrimas de los sensibles hijos del Ecuador, y a suspirar con ellos los males de la Patria. Venga V. E. en fin, a tomar asiento en la cima del soberbio Chimborazo, donde no alcanza los tiros de la malidiscencia, y a donde ningún mortal, sino Bolívar, puede reposar con una gloria inefable."

El poderoso Genio de Bolívar, llevado del enorme amor a la Patria, determinó dar el postrer paso para la unidad de Colombia, y fué: hacer que el nombramiento del Presidente de la República, recayese en el Mariscal Sucre; mas, confabulábase en Bogotá sus enemigos y hacen que fracase su candidatura,

allegando no tener cuarenta años de edad, según la farsa de las leyes, como a su vez en juntas secretas, traman en la misma Capital, que el puñal de Bruto, acabe con la vida del César Americano, por ser reputado ya, más terrible que el mismo Bolívar para el partido disolvente y ambicioso, que aspiraba al dominio de la tierra granadina. El immaculado Sucre agradece a Bolívar su candidatura, y su corazón le abre, manifestándole el dolor que por él siente y su repugnancia a la vida pública.

Terminadas las sesiones del Congreso Admirable, los dos héroes mezclaron sus lágrimas en una sola corriente: el uno, tranquilamente tomó la senda del ostracismo; y el otro, el final de su vida: Berruccos. . . . Pasan días de este fraternal abrazo, cuando Bolívar recibió la horripilante nueva del asesinato de Sucre. Saltó del lecho en locura de dolor, y no tuvo más respuesta que un largo y trémulo sollozo; y después, una elocuente exclamación: "Santo Dios, se ha derramado la sangre de Abel! Y días más tarde la siguiente alocución:

"La bala cruel que te hirió el corazón mató a Colombia y me quitó la vida. Como Soldado, fuiste la Victoria; como Magistrado, la Justicia; como Ciudadano, el Patriotismo; como Vencedor, la Clemencia; y como Amigo, la Lealtad. Para tu Gloria, lo tienes todo ya: lo que te falta sólo a Dios le corresponde darlo"; y meses después al hablar de la muerte de Sucre, se expresó así de Obando: "Se ha derramado ¡Dios excelsol, la sangre de Abel. . . . Si tenéis justicia, ¡haced caer un rayo de vuestras manos sobre aquel asesino".

## V

Con el ostracismo de Bolívar, Sucre quedó solo en el proscenio de la anarquía; como el blanco de las diatribas de los demagogos de Colombia la Grande, esperando el puñal del asesino, por reputarlo el sucesor del Libertador. El Congreso Admirable, termina sus sesiones con el nombramiento de Joaquín Mosquera y Domingo Caicedo, para Presidente y Vicepresidente de Colombia; y Sucre en conferencia secreta con Caicedo, acuerda su marcha para Quito, con el ideal de sostener la unidad colombiana. ¡Pobre del Abel americano! Su muerte está decretada, la hijuela de partición aprobada, sólo se, aguarda la criminal mano de Obando, que en concilio secreto se acordó su eliminación, en una casa de Bogotá.

Fué esta casa de propiedad de Francisco Arrubla, ubica-

da frente al templo de la Catedral, en donde sesionaba el Club Liberal; y el número de personas que concurrieron a dictaminar la sentencia de muerte al immaculado Mariscal Sucre, pasaron de treinta. En síntesis, la resolución fatal concibióse en estos términos: "La Junta después de una larga deliberación, resolvió que era necesario suprimir al General Sucre, que era el único por su talento militar y su prestigio, que podría conservar el predominio del Libertador en la Gran Colombia; y adoptada esa medida se comunicó a Obando y López, para victimarlo si marchaba por Pasto. Y a los Generales Murgueyto y Tomás Herrera, si iba Sucre, por Buenaventura o Panamá; y redactadas las comunicaciones del caso, la Junta se disolvió a las cinco de la tarde". Rara coincidencia, a esta misma hora, Sucre se parecía triste, solo y meditando; con los brazos vueltos a la espalda, en la plaza de Bogotá, lugar en donde se encontró con varios de los concurrentes que salían de la casa de Arrubla, sentenciando su muerte. La persona encargada de despachar las resoluciones de la Junta, fué Francisco Montoya, quien lo hizo a la brevedad posible, sirviéndose para el caso de su mayordomo José M. Elizalde, con el que envió los fatídicos pliegos, a los Generales Obando y López, que estaban en las ciudades de Neiva y Popayán, respectivamente. "El General López, recibió la orden de que le victimase en un punto denominado Barandillas, vereda estrecha y solitaria, cercada por todas partes y situada a orillas del Magdalena. Nada más fácil que victimarlo allí y arrojar el cadáver al río. Esquivóse López o no pudo matar a Sucre; pero remitió el pliego adjunto a Obando". Por lo tanto, es lógico aplicar al General López, la misma apreciación que del General Obando se dice: "Es el Caín del Abel de Colombia, cruzará las edades de la Historia cargado con el cadáver del Mariscal de Ayacucho; choricándole la sangre de Sucre, que era el brazo y la esperanza de América; porque al desplomarse él, movió la Gran Colombia y con ella el equilibrio político y económico de las américas anglo—sajonas e ibéricas. Ese día cesó la evolución del Continente en el sentido boliviano, desapareció la Gran Potencia que nos aseguraba el señorío generoso del Caribe sub—antillano, del Canal panameño y el Pacífico colombo—ecuatorial; y asesinó Obando la paz de un siglo y la imperial opulencia de los Estados Unidos de Colombia". Debía éste verificarse necesariamente, cualquiera que fuese la ruta escogida por el Mariscal, para su regreso a Quito, donde el infortunado guerrero había fundado el hogar. "El gran hombre era el

perseguido de la fatalidad, a manera de uno de los personajes de Esquilo o de Sófocles. Como esos sin ventura de la progenie de Edipo, había de ser infeliz hasta más allá de la tumba" . . . .

Relatemos su muerte: Antes de emprender su viaje, tuvo largas conferencias con Caicedo, sobre sus deseos y opiniones, respecto de la futura suerte del Departamento del Sur. Se reducía a que debían seguir unidos, formando un solo cuerpo de Nación, con el resto de Nueva Granada, a fin de hacer una República, cuyo gobierno fuese respetado interior y exteriormente. Por este motivo político, Sucre aceleró su viaje. Partió en efecto de Bogotá, por la vía de Popayán y Pasto; algunos de sus amigos le aconsejaron que vaya por Cauca al puerto de Buena Ventura, y desde allí embarcado a Guayaquil, porque tenían de su vida; mas, no quiso adoptar el consejo, por las demoras que sufriría en su viaje. Avanzó a Neiva; en esta ciudad se encontró con el General José Hilario López, y éste trabó a calorada discusión con Sucre, quien sostenía la unidad colombiana, a tal extremo, que López pensó mandarlo a prender. De tal propósito desistió, pero en cambio envió un posta a toda prisa, con pliegos secretos para Obando; y de ésto, el immaculado Sucre resultó asesinado en Berruecos, con gran regocijo de López. Llegó a Popayán sin contratiempo alguno, allí sus amigos observaron que se le detenía con el frívolo pretexto de que no se hallaban bagajes; y a su vez descubrieron que un emisario del Estado Mayor marchaba con una comunicación de urgencia para Obando, sin que hubiera motivo alguno para ello. Tales antecedentes, despertaron fundadas sospechas sobre la vida de Sucre, y sus amigos le manifestaron que se encamine por Buenaventura, por haber contra él un complot. Conducido por su destino fatal, él de ningún modo accedió, fundándose en apresurar su marcha; tampoco acepta la escolta que le quieren proporcionar. Llega a Patía, y su amigo el Comandante Delgado, le suplica que demore un día para acompañarlo, por ciertas sospechas que él tiene por su vida; Sucrea nada accede, y sereno se encamina en unión del Diputado de Cuenca, José Andrés García Trelles y de sus dos fieles asistentes.

Se hospeda en el Salto, en casa de José Erazo, célebre asesino comprometido ya por Obando para que le victimase; esa noche nada aconteció y continuó su viaje el tres de Junio, al punto llamado la Venta. Grande fué su sorpresa cuando volvió a encontrar allá a Erazo, a quien había dejado atrás, y que conversaba secretamente con el criminal Zarría; viendo Su-

cre a estos desalmados reunidos en tan funesto sitio, se estremeció y les dijo con pavor: "conque estos dos pollos están reunidos", y ordenó a sus asistentes, tener en peligro sus carabinas y pasar toda la noche en vela. Amanece, es el 4 de Julio, Sucre y sus compañeros parten a las 8 de la mañana, y se internan en Berruecos; apenas habían andado media legua, cuando, en la angostura de la Jacoba, oye Sucre una voz que por su nombre le llama, y luego un tiro, y él exclama: ¡Ay, balazo! En el momento suenan tres tiros más, y el héroe de Ayacucho cae vilmente asesinado; sus compañeros huyen en demanda de auxilio, y a nadie encuentran, y sólo saben que el cadáver de Sucre permanece donde le victimaron, sin que le hubiesen quitado ni reloj, ni joyas, ni onzas de oro; luego, el crimen no era perpetrado por ladrones, según lo aseguró más tarde el feroz Obando.

Señores, la pluma se baña en lágrimas al escribir este triste episodio de la historia del héroe, inmolado infamemente en una montaña, a los 35 años de edad, cuando mejor dotado tenía su grande espíritu, de generosos pensamientos por la patria. "Veinte y cuatro horas quedó tendido en aquel antro espantoso, con la cara sobre la húmeda tierra, sin una almohada donde reposar su cabeza, cargada de gloriosos laureles; sin tener a su lado una mano acariciadora que cerrara sus ojos; aquellos ojos que un día lucieron como faros en los campos de la guerra. Al día siguiente sus asistentes acompañados de dos viajeros y unos peones del lugar, le cargaron en brazos hasta un prado llamado la Capilla, y mientras cavaban la fosa, le acostaron con la cara vuelta al cielo, sobre la hierba aún empapada de rocío. Arrodilláronse a su lado sus leales ordenanzas, para lavarle la faz y cruzarle los brazos sobre el pecho. Cuando consideraron suficiente la excavación, le envolvieron en su capa y le bajaron a la huesa, arrasados en lágrimas los ojos. Cubriéronle de tierra y ramas, y en el extremo de la sepultura, correspondiente a la cabeza, clavaron una cruz, hecha allí mismo de troncos y mimbres." Así concluyó la preclara existencia del Mariscal de Ayacucho, cuando más útiles servicios podía haber prestado a los pueblos con su prudencia, tolerancia y rectitud de miras. Al otro día, 6 de Junio, fué exhumado a las 5 de la tarde y practicó el reconocimiento médico, el Dr. Alejandro Flood, por orden del criminal José María Obando, para cerciorarse de la verdad del hecho y no ser engañado de sus súbditos.

VI.

¿Quiénes fueron los autores de tan horrible tragedia, que Europa y América se consternaron de dolor? Señores, la historia, juez inexorable, su sentencia ha fulminado con gran acopio de documentos verídicos, y de trascendentales libros, escritos por doctas plumas sobre el autor o autores de tan monumental crimen. En resumen, el autor principales el Gral. José María Obando, y cómplice, el Gral. José Hilario López; y ¡sarcasmos de la vida!, estos dos criminales de Berruecos, décadas después, se vanagloriaron de ser los primeros Magistrados de Colombia, ocupando la silla presidencial, que hourada fué con el genio de Simón Bolívar. El partido liberal le ascendió al Poder a López, por el período de 1849—1853; y Obando, heredó el mando de su amigo y camarada de Berruecos, desde esta fecha, año de 1853. Ambos son siniestras esfinges de la tragedia del Abel americano. Y sus ejecutores fueron: Morillo, Sarría, Alvarez, Erazo, los Rodríguez y Cuzco.

Comprobemos que Obando fué el autor de la muerte de Sucre:

1<sup>o</sup>—La voz del pueblo es la voz de Dios: apenas verificado el crimen de Berruecos, los habitantes de Neiva, Popayán y Pasto, sindicaron a Obando ser el responsable del delito; y hasta determinaron el nombre de los verdugos de quienes se valió. Estas fundadas sospechas, años después, fueron ratificadas por el Tribunal de Justicia, que declaró ser Morillo, Sarría, Erazo y otros, los autores de tan horrible hecho, por mandato de Obando.

2<sup>o</sup>—Apenas salió Sucre de Bogotá para Quito, el periódico el "Demócrata", con fecha 1<sup>o</sup> de Junio, tres días antes de la muerte de Sucre, decía en un artículo incendiario contra Bolívar, Sucre y otros Generales, lo siguiente: "Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar, y por lo cual el Gobierno está tildado de débil, y nosotros todos, y el Gobierno mismo carece de seguridad". "Muerto Sucre, Bolívar quedará desalentado. . . ; los planes de Bolívar caerán completamente desconcertados. La muerte de Sucre es indispensable". Esta publicación, condena tácitamente a Obando. ¿Por qué tomar el nombre de éste y no de otros militares? Luego, con Obando estaban en Bogotá, en confabulaciones secretas los redactores del "Demócrata", que eran también socios del Club Liberal.

3<sup>o</sup>—Antes que Sucre salga para Quito, Obando abandona Bo-

- gotá, y dirige las siguientes comunicaciones a los Generales, Flores y Murgueyto, y al primero le dice: "Pongámonos de acuerdo Don Juan; dígame si quiere que detenga en Pasto al Gral. Sucre, o lo que deba hacer con él; hábleme con franqueza y cuente con su amigo." Y al segundo le dice: "Si Sucre va por allá, se le manda para Popayán, y no le deje ir por Buenaventura". ¿A qué estas cartas? Estas comprueban que el plan de Obando, era preconcebido desde meses atrás, y que buscaba también cómplices para llevar a cabo su nefasto proyecto.
- 4<sup>o</sup>—Al siguiente día de la muerte de Sucre, Junio 5, se queja amargamente de su suerte, y a Flores le dice en carta: "Míreme Ud. como hombre público, y míreme por todos aspectos y no verá en mí, sino un hombre todo desgraciado. Cuanto se quiera decir va a decirse, y yo voy a cargar con la maldición pública. La muerte de Sucre me tiene volado: ha sucedido en las peores circunstancias, estando yo al frente del Departamento: todos atribuyen su muerte a esa facción eterna de la montaña"; y a la misma hora y día 5 de Junio, comunica Obando al Prefecto de Cauca, el crimen de Berruecos, diciendo ser obra de ladrones, y dando orden que persigan a esos bandidos; o que talvez es ocasionado por soldados cenotarios, que han desertado del Sur. Infamia inaudita; atribuir en el mismo día y hora el asesinato de Sucre, a Flores, que es obra de la facción de la montaña; y al Prefecto, a ladrones. Estas comunicaciones, lo hacen a Obando, el único responsable de tan inaudito crimen.
- 5<sup>o</sup>—La carta de Obando dirigida a Erazo, el ejecutor del crimen, dice: "Mi estimado Erazo: el dador de ésta—Morillo—le advertirá de un negocio importante, que es preciso lo haga con él. El le dirá a la voz todo, y manos a la obra. Oiga todo lo que le diga, y Ud. dirija el golpe." Como, a su vez envió 40 pesos con Morillo, para que dividiera entre los verdugos, a razón de diez pesos a cada uno de ellos; estas son pruebas palmarias, que Obando fué el líder de la tragedia.
- 6<sup>o</sup>—La farsa indigna de Obando de mandar al Comandante Alvarez con una escolta, a que persiga a los criminales, le condena sumamente; Alvarez fué con el único objeto de cerciorarse del lugar en donde estaba enterrado Sucre, porque Obando aún dudaba de su muerte; y dió orden, para el caso de ser cierto, se les abone 10 pesos más.
- 7<sup>o</sup> Las revoluciones tenaces sostenidas por Obando, desde po-

cos meses de ejecutado el crimen, y su conservación en el Perú, para evitarse del trámite de la justicia seguida contra él, y más, el envenenamiento autorizado por él a los Rodríguez y Cuzco, para que éstos no le condenen con el transcurso del tiempo, prueba infaliblemente que Obando es el criminal.

8º—Sus acusaciones calumniosas, sus libros de defensa, comprometiendo en este crimen a los Generales, Urdaaneta, Flores, Barriga y otros, confirman que Obando fué el único responsable; que sus libros y defensas no tienen valorización alguna de verdad y de criterio político, que fueron escritos por el influjo del oro suministrado a su defensor Dr. Manuel Cárdenas.

9º—La declaración de Aoplinar Morillo, y su ratificación al pie del patíbulo, en el solemne momento en que iba a ser ejecutado a pena de muerte, convence que Obando acabó con la vida del sucesor de Bolívar. He aquí, un extracto de aquella declaración que dice: "Que el Gral. Obando, le llamó un día a su pieza, a presencia del Comandante Alvarez, y le dijo: la patria se halla en el mayor peligro de ser sucumbida por los tiranos, y el único medio de salvarle, es quitar la vida al Gral. Sucre que viene de Bogotá, y es preciso que Ud. hoy mismo marche en comisión donde Erazo, y que le dió un papel para éste, ordenando la muerte de Sucre, y que recibió la suma de cuarenta pesos, para distribuir a los ejecutores.

10º—Del estudio del proceso se desprende que el autor principal del crimen de Berruecos es Obando, quien ordenó a Morillo victimar a Sucre, y esto confirman los dos honorables Ministros Fiscales, Joaquín Barrio y Manuel M. Mallarino, cuando razonan así su fallo: "...aquel—Obando—, ese monstruo, criminal entre los criminales, ha escapado de la cuchilla de la Ley y deja de expiar sus delitos en un afrentoso patíbulo. . . Obando fué el principal móvil de este asesinato. . . que se le reclame de cualquier nación donde se halle asilado, como famoso criminal"; y el segundo dice: "No duda este Ministerio que llegue el día en que el principal autor—Obando—del asesinato de Berruecos, responda a los cargos que le resultan, y concluya su ominosa carrera, como Morillo va a terminar la suya. Condena más a Obando la estudiada y criminal fuga que efectuó de Pasto, el 5 de Julio de 1840, en vísperas de carearse con Erazo, sobre la carta de aquél dirigida a éste, en donde le ordenaba el asesinato de Sucre; fuga que lo hizo en

compañía de los criminales, Sarriá, Alvarez y Torres, hurtándose hasta el sumario que al respecto contra él se seguía.

La confesión de Morillo en el patíbulo, es una de las incontrastables pruebas jurídicas que ofrece la historia a la humanidad, en contra de Obando. Morillo avanza al cadalso, llevando un Crucifijo en las manos, entre las fúnebres exhortaciones de la Religión: las campanas tocan a muerto, el reo yace en el banquillo, y en el momento de escuchar el terrible tintín de los gatillos, al alzarse sobre el matador, el acusado, "pidió la sentencia, la besó y estrechó contra su pecho diciendo: Sentencia justa, sentencia que me das la muerte por los hombres, sentencia que me das la vida eterna a lado del Todopoderoso, sentencia que pago por muchos de los cómplices de la muerte del Gran Mariscal Sucre; oíd los que en estos solemnes momentos estáis presenciando mi merecida ejecución". Luego, acto seguido, por órgano de su confesor, hizo que se reparta su postrer manifestación dictada por él, mandada imprimir por él y firmada ante testigos por él; donde en síntesis así se expresaba: "Cometí un delito, pero mi corazón no participó de él... Un destino funesto quiso que Obando, quien tenía meditado el asesinato... me escogió por instrumento para meterme en aquel crimen perpetrado en un hombre justo a quien yo respetaba... Obando me tendió el lazo que hoy me arrastra al suplicio... yo perdonó al General Obando, el haberme sumergido en el abismo donde me encuentro... La eternidad se abre ante mí. En este momento próximo a comparecer delante del Juez, que lee nuestros corazones y que no puede ser engañado, declaro solemnemente que cuanto he expuesto y confesado en mi proceso, es la verdad en toda su fuerza, que nada he disfrazado ni alterado: mi boca es órgano de la verdad, pues hablo a la hora del desengaño, en el momento de la severa realidad, cuando nada tengo que esperar ni temer de los hombres... Obando me tendió el lazo, que hoy me arrastra al suplicio"....

11<sup>o</sup>—Y la prueba más convincente, que Obando fué el criminal de Berruecos, es la siguiente: Faltando pocos días para la muerte de Sucre, el Canónigo José Manuel Mosquera, futuro Arzobispo de Bogotá, cierta ocasión, estando reunido con toda su familia en Popayán, recibió una comunicación de la Capital, dirigida a Obando, por su órgano; en cuanto recibió, mandó a su destinatario, ignorando

su contenido, acompañándole una tarjeta de salutación, porque era muy amigo de él. Obando, suponiendo que el remitente estaba enterado del misterio, le contesta verbalmente diciéndole: "que pierda cuidado"; y por escrito, le habla así: "He recibido tu carta; te la aprecio... Sucre no pasará de aquí"....

Con todas estas apuntaciones, el Tribunal de Justicia, decretó pena de muerte a Morillo, por ser el único que guardaba prisión; que los demás estaban, unos muertos, y otros prófugos. Señores, todos los que participaron en tan infame crimen, tuvieron muertes desastrosas. Enumeremos: El Gral. Obando, murió a lanzadas en Cruz Verde; los Rodríguez y Cuzco, envenenados; sin temor a duda, mandando a ejecutar tal crimen el mismo Obando; Torres, afusilado; Erazo, en el presidio de Cartagena; Alvarez afusilado; Sarría, súbitamente; y el Gral. Hilario López, renegando de la Religión Cristiana, y sólo recordando el nombre de Sucre en su negra agonía.

## VI.

Señores, el General Juan José Flores, no tuvo responsabilidad alguna en el nefasto crimen de Berruecos. Esta proposición está basada en la opinión de ecuanímenes historiadores que, con imparcialidad, han dado su fallo; y entre otros, son los señores Pérez y Soto, Torres Caicedo, Caro, Restrepo, Baralt, Aspurúa, Larrazábal, Irisarri, Villanueva, Bello, Cevallos, Espinel, Lazo, Aguirre, Malo, Pozada, Samper, Vivar, García Moreno y otros y otros.

A los hombres superiores, a los genios, que son los videntes, se les da la primacía en sus opiniones. Por lo tanto, el extraordinario varón Simón Bolívar, conocedor como pocos de sus Generales, que dictamine sobre la personalidad de Juan José Flores, con relación a la muerte de Sucre. El Libertador falleció a los seis meses del asesinato de Sucre; y con conocimiento de causa, por carta a Flores emitió su concepto. Para defensa de Flores basta el juicio de Bolívar, he aquí lo que dice: "La noticia de la muerte del Gral. Sucre, me ha causado tal sensación, que me ha turbado verdaderamente el espíritu, hasta el punto de juzgar que es imposible vivir en un país, donde se asesina cruel y bárbaramente a los más ilustres Generales, que han libertado a América: ¿Qué será de Ud., de Montilla y de Urdaneta? Yo temo por todos los beneméritos capaces de redimir la patria. El immaculado Sucre, no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos. Yo

pienso que la mira de este crimen, ha sido privar a la patria de un sucesor mío y dejar a Ud. solo en la arena, para que todos los golpes, se dirijan únicamente contra Ud. Ud. será víctima mi querido Flores; Sucre fué llamado el hombre de la fortuna; la de Ud. pues, no lo salvará. Por lo mismo es necesario que Ud. se cuide tanto como una niña bonita." Con tan brillante documento, la personalidad de Flores, está libre de toda mancha.

## VII.

¿ Los restos de Sucre? El Mariscal estaba bajo tierra, ¡ tan pesada su loza sepulcral! Hasta su cadáver, tuvo la trágica odisea. Se le condujo a Quito, la de las delicias de su vida, y se hizo su entierro vergonzante, como el de un malnacido. La esposa, tal como la desolada mujer de la tragedia griega, arrebató el cadáver del amado para los ritos funerales. Pero, más que la esposa, debía llorar al héroe la patria ecuatoriana—la verdadera viuda—Cuando Lázaro estuvo enterrado, a Jesús se le dijo: "Señor, no habría muerto a estar aquí Tú." Algo así pudo exclamar el Ecuador ante la tumba de Sucre: "Si hubieras vivido, no habría sido yo menospreciado, vendido y entregado a la anarquía ... "Y la tragedia fué hasta el fin. Se perdieron los restos del mártir, para encontrarlos tardíamente, después de olvidos peores que la infamia. Las heroínas de la tragedia griega, no sobrevivieron para custodiar sus cenizas. No quedó huella de su paso en la corriente de la vida; el fruto de su amor cortado fué, sin que reventase la flor. Murió también en el corazón de la esposa, otra muerte que no la merecía. ¡ Lógica tan dura del infortunio, que no se quiebra jamás! Todo lo que a Sucre toca, parece contaminado de tragedia.

Los restos de Sucre fueron solicitados por la viuda, al criminal José María Obando, por medio de esta histórica carta: "Estos fúnebres vestidos, este pecho rasgado, el pálido rostro y desgredado cabello, están indicando tristemente los sentimientos dolorosos que abruman mi alma. Ayer esposa envidiable de un héroe, hoy objeto lastimero de conmisericordia; nunca existió un mortal más desdichado que yo. No lo dudes, hombre execrable, la que te habla es la viuda desafortunada de Gran Mariscal de Ayacucho.

Heredero de infamias y de delitos, aunque te complazca el crimen, aunque él sea tu hechizo, dime, descorazonado, para saciar esa sed de sangre, ¿era menester inmolarse una vícti-

ma tan ilustre, una víctima tan inocente? ¿Ninguna otra podía aplacar tu zafia infernal? Yo te lo juro e invoco por testigo al alto Cielo, un corazón más recto que el de Sucre, nunca palpité en pecho humano. Unida a él por lazos que solo tú, bárbaro, fuiste capaz de desatar: unida su memoria por vínculos que tu poder maléfico no alcanza a romper, no conocí en mi esposo, sino un carácter elevado y bondadoso, una alma llena de benevolencia y generosidad.—Mas, yo no pretendo hacer aquí la apología del Gral. Sucre, ella está escrita en los fastos gloriosos de la patria. No reclamo su vida, esa pudiste arrebatársela, pero no restituirla. Tan poco busco la represalia. Mal pudiera dirigir el acero vengador, la trémula mano de una mujer. Además el Ser Supremo, cuya sabiduría quiso, por sus fines inescrutables, consentir en tu delito, sabrá exigirte un día, cuenta más severa. Mucho menos implorar tu compasión: ella me serviría de un cruel suplicio. Sólo te pido, que me des las cenizas de tu víctima. Sí, deja que ellas se alejen de esas horribidas montañas, lúgubre guarida del crimen y de la muerte, y del pestífero influjo de tu presencia más terrífica todavía que la muerte y el crimen. Tus atrocidades, inhumano, no necesitan nuevos testimonios. En tu frente feroz, impresa está con caracteres indelebles la reprobación del Eterno. Tu mirada siniestra, es el tósigo de la virtud, tu nombre horrendo, el epígrafe de la iniquidad; y la sangre que enrojece tus manos parricidas, el trofeo de tus delitos. ¿Aspiras a más? Cédeme, pues, los despojos mortales, las tristes reliquias del héroe, del padre y del esposo, y toma en retorno, las tremendas imprecaciones de su patria, de su huérfana y de su viuda".

¡Sombra ilustre del inmortal Abel Americano, duerme en paz! y que tus virtudes, en este día de conmemoración majestuosa y triste, sirvan de faro de gloria, para tu patria, el pobre Ecuador.

